

Editorial

La pobreza constituye un problema serio en Chile y América Latina. Pese a haber sido objeto de estudio y de intervención durante décadas por distintas disciplinas, paradigmas y teorías, continúa hoy impactando con fuerza y evidenciándose como un fenómeno social que no podemos desconocer y frente al cual los Estados están en deuda. Existe una gran cantidad de definiciones y de organismos orientados a estudiarla. El asunto, desde mi perspectiva, es que la definición de este fenómeno como un problema ajeno a las personas que viven en situación de pobreza, ha llevado a definiciones externas, inconsultas y a la producción excesiva de “estudios acerca de los pobres”, realizados por personas que no experimentan esa condición. Estos estudios muchas veces ocultan el hecho de que vivimos economías que permiten la sobreacumulación de capital y de poder en manos de unos pocos congelando la desigualdad y consolidando el poder en manos de las élites.

Hoy existe una gran cantidad de personas que viven en condición de pobreza. Personas que nos cuesta mirar de frente sin sentirnos culpables. Niños, jóvenes, adultos mayores, hombres y mujeres, ancianas y ancianos que no cuentan con los medios suficientes para vivir dignamente.

Nuestra época teñida por la mirada moderna y técnica del paradigma imperante, al enfrentar el problema de la pobreza lo hace igual que cualquier otro fenómeno social. Entonces, lo objetiva y lo transforma en indicadores, en cifras y gráficos para desde ahí observarlo, analizarlo e intervenirlo. Al traducir el fenómeno de la pobreza en números no nos percatamos de que de esa manera lo in-visualizamos. Lo aprehendemos, capturamos y construimos como un constructo social más, alejándolo de la experiencia cotidiana y vital del otro que sufre la discriminación de ser “pobre”.

Cuando ello ocurre, en lugar de ver a las personas que viven en situación de pobreza material, como nuestros semejantes, en una relación en la que algo tenemos que decir, dirigimos la mirada al “fenómeno de la pobreza”, distanciándolo de la persona concreta que sufre a diario dicha condición.

Vale la pena preguntarse ¿qué pasa con otros aspectos de la pobreza, aquellos que no se dejan capturar tan fácilmente por la interpretación teórica del fenómeno. Esa que se traduce en el habla, en los gestos, en los gustos, en las costumbres, en la forma de vivir la vida de un grupo no menor de nuestros congéneres.

Puede que la pobreza sea para algunos una condición necesaria del desarrollo, o para otros la señal más clara del fracaso de un modelo económico centrado en el consumo. Pero, para los pobres, ¿qué es la pobreza? ¿Una condición, un castigo? ¿Un estigma, una bandera de lucha? ¿Algo de lo que escapar? La pobreza da cuenta de una injusticia social que nos golpea, que no hemos logrado superar y frente a la cual no tenemos respuestas certeras.

En mi calidad de terapeuta, he visto como muchas personas naturalizan su condición, la conciben como su modo de vida, llegando a sentir que pertenecen a un grupo de "sin derecho". Por eso cuando consultan sobre un problema que los aqueja, agradecen por haber sido atendidos después de una espera de tres horas.

Los Estados poco saben de los hombres y mujeres detrás de aquella etiqueta que les desafía y aproblemata. El otro que nos mira a los ojos desde su condición de desigualdad. La objetivación de ese otro, la traducción del fenómeno en cifras que nos permite poder hacer análisis y nuevas propuestas, no conversa, no emociona, no interactúa con las personas de carne y hueso que cada día se enfrentan a situaciones de injusticia social que se naturalizan e invisibilizan.

Por eso la urgencia de discutir, de abrirse a nuevas miradas. La exigencia de interpelar a los cientistas sociales más allá de los indicadores, de buscar a las personas detrás de las cifras, para procurar comprender y comprendernos, para juntos co-construir los problemas que como sociedad nos aquejan. Necesitamos acercarnos a esa riqueza que no vemos al tratar de mirar a la pobreza como un fenómeno deshumanizado. Necesitamos mirarla de frente, aun cuando ello nos duela.

El conjunto de artículos que el número quince de Rumbos publica da cuenta del horizonte de sentido que moviliza a la Escuela de Trabajo Social, orientando su accionar a trabajar con las personas que son sujetos de las políticas públicas, dando una mirada más humana a su situación. De esta manera tenemos investigaciones sobre distintos tópicos, que nos hacen reflexionar sobre el inmenso papel que tenemos los científicos sociales para lograr incidir en las políticas públicas, en especial en lo relacionado con las personas que viven situación de desigualdad en Chile y América Latina y frente a los cuales estamos en deuda.

Me gustaría terminar esta editorial con una frase del poeta metafísico inglés John Donne que en 1940 escribió "*Ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por tí*".

Ana María Zlachevsky